AURELIO VALLS
O EL PESO DEL MISTERIO

¿Puede hoy día escribirse el llamado "poema filosófico"? Aunque la poesía y la filosofía poseen distintos modos de enfrentarse con la realidad, es innegable que la poesía, como ha recordado recientemente Cleanth Brooks en su libro *The Well Wrought Urn,* no es exclusivamente emotiva, sino también cognitiva. Aurelio Valls lo afirmó con vehemencia en el prólogo a *La ruta de San Cristóbal* (1949). El programa que anunció entonces se ha realizado cumplidamente en su libro *La Budallera,* publicado siete años después. "Lo único que preocupa al artista es la verdad—decía—. La verdad de la vida es la verdad poética; los filósofos llegan por la sólida calzada discursiva; nosotros, sin aliento, perdiéndonos por atajos sin nombre." Su nuevo libro tiene a veces un ritmo jadeante, propio de quien avanza por difíciles sendas en un terreno que suelen acotar para sí los filósofos.

Porque yo llamaría a Aurelio Valls el poeta del ser, el poeta del misterio ontológico. Como ha recordado Marcel, nuestro mundo está plagado de problemas, pero no admite el misterio: por eso en el hombre de hoy la facultad de asombro va atrofiándose más y más. No siente sobre su espíritu lo que Wordsworth, en un pasaje memorable, llamó "el peso del misterio". Aurelio Valls, como el solitario de los lagos ingleses, recurre precisamente a la poesía para aliviar esa tremenda pesadumbre del "mundo ininteligible" y ahondar en lo que Wordsworth llamó "la vida de las cosas". Tal es, creo yo, el sentido último de su largo poema.

Una explícita certidumbre religiosa no apagaba, en su libro anterior, ese fino sentido de los enigmas que nos rodean:

> Viandantes que no sabemos a dónde vamos,
> ni en qué loma nos aguarda la final visión de todo.

La experiencia espiritual reflejada en el nuevo poema es más incierta y revela una continua tensión entre posibles interpretaciones de la realidad. Esta es para el poeta un cosmos benévolo, acogedor, que nos hace amables señas, o un cosmos hostil, que se yergue, terrible y hermético, como ocurre en la poesía de Emily Dickinson o en el mundo de la infancia. Y aunque Aurelio Valls haya querido escribir el poema de un "aquí-y-ahora" simbolizado en una casa de campo y en su paisaje, este poema de "cielo en el mundo" no se presenta cerrado a la luz de otras vertientes. Si a veces parece rehuir toda trascendencia y alude a la eternidad de la muerte, a "la muerte que todo lo acaba", como dijo Homero, también nos ve como "arcilla que chorrea agua eterna" y aquí el concepto de eternidad tiene un inconfundible acento cristiano.

Su sentido del misterio se aplica a las mínimas cosas del hogar, de esa vieja mansión campesina con inesperados rumores e inquietantes reflejos promovidos por una Moira implacable y muda que habita en el

desván y es encarnación de todo lo extraño, agorero y hostilmente huidizo de la realidad cotidiana. Y el poeta ahonda también en el centro de tiniebla, en el profundo pozo del alma donde tiembla misteriosamente nuestra visión de las cosas, "donde el mundo se torna remolino flotante"; o en el conjunto de la misma existencia múltiple y cerrada, cuando cosas y seres se aparecen en su tremenda individualidad y traen el acuciante enigma de su origen y el espectáculo de su extraña autonomía. Las cosas, esas "aventureras del aire", poseen para el poeta claridades y voces propias, pero, aunque sean huestes lanzadas con esbeltez de flecha, adolecen también, como el hombre, de un dramático titubeo existencial:

> Las cosas arriban, llueven, inquiriendo su cometido
> como nosotros el nuestro...

El poeta contempla con asombro ese irrumpir de lo existente, se alza como deslumbrado testigo de una aurora primigenia y canta el paso de la nada al ser:

> Yo, hecho a divisar
> el estallido para siempre con que la nada
> se convierte en animálculo, en cosa,
> en ser, en entidad, en hermosura,
> en sufrimiento, en disfrute, en cometido,
> en dinastía solar bajo los cielos,
> en alma bajo el palio de los siglos...

Es, como dijo el filósofo, "la sobreabundante riqueza de la realidad experimentada como algo positivo, como una especie de gloria": la visión que ha conmovido a los grandes poetas de todos los tiempos, de Lucrecio a Blake y Maurice de Guérin. En Sartre—que al fin, se ha observado, es un filósofo del no-ser—esta sobreabundancia se convierte en repulsiva fluencia, en hinchazón, "en moho, en obscenidad". La poesía de Aurelio Valls es a menudo su antídoto, es el anti-Sartre. Aunque se crispe a veces por miedo a la muerte pétrea e implacable que amenaza a los seres vivos, aunque su poesía parezca descubrir momentáneamente en la realidad pinceladas absurdas, el tono predominante en las meditaciones de Aurelio Valls es positivo. Surge de un apasionado amor a la existencia y de una viva sensibilidad ante su enigmática textura. Sin este amor, no habría nacido el poema, tan a menudo inspirado en un sentimiento de gratitud jubilosa y casi paradisíaca:

> ...gracias
> porque veo los colores, vestidos en movimiento
> y alegres pañuelos, alpargatas
> y severos negros y el rubicundo ladrillo
> de la era...

La existencia, pues, es buena. Bueno es el gozo y el dolor. En el mundo donde se alza la vieja "masía", el poeta no descansa, no vive de tanto vivir sumergido en la impetuosa, irresistible cascada de las cosas y de los seres. Por eso se recluye a veces en la casa antigua, se limita en ella, da gracias a Dios por todo:

> porque tenemos algo—en la sombra agradecida
> y fresca de la cal y la muralla. Estar dentro

de tres a cinco—la casa entera
como un fontanar recubierto de musgo;
como una dulcísima piedra en movimiento
(tan leve que apenas se percibe)
cristalizada y oxidada de los siglos;
como un viejo juguete empapado
de cariño, cargado de la fantasía
de generaciones y generaciones de niños.

Estos versos definen el limpio don imaginativo, el estado poético de infancia que Rimbaud quiso salvar con el arte del adulto. Cuando Aurelio Valls no se inclina hacia una evocación interrogante de la Naturaleza, vemos crepitar en sus versos esa traviesa llama de la imaginación infantil. Así, el fulgor del mundo de Grimm o de Andersen envuelve su pintura de las ratas silvestres, las graciosas y limpias ratas

con guirnaldas y chalecos de hojas de albahaca,
cintos de enredadera, botitas de cáscara...

que hacen pensar también en el pasaje shakespiriano de la reina Mab y surgen en uno de los más líricos e inolvidables momentos del poema.

En el segundo libro, dedicado a la Noche, la carga de misterio es, naturalmente, mayor. Se acentúa aquí el titubeo entre opuestas interpretaciones de la existencia. El himno a la Luna—parecido, por su rápida sucesión de imágenes, a *To the Skylark*, de Shelley—señala la inquietante promiscuidad en que se nos aparecen la nada y el ser, convierte a la divina Astarté en símbolo de los enigmas que nos rodean:

Oh perla que engarzamos en la nada,
lucerna de esperanza sin sentido...

y recuerda la antigua alianza que une la Luna a la muerte: ésta transpira en el mismo fulgor del astro.

Pero la pesadumbre del misterio a veces se aligera. Los enigmas, ya lo hemos visto, pueden también apuntar hacia la dicha si el poeta piensa, como Emily Dickinson, que "la vida es el más bello de los secretos". El misterio puede abrumar al poeta, pero también sabe gozarse en él, sabe mecerse en la grata embriaguez de la realidad enigmática:

Déjame estar, tierra, con la noche.
Déjame disfrutar su estambre,
su celda de estambre y aroma,
cercada de luces que bailan
y voces de niños cansados.

El misterio nocturno es visto como una mujer, como una inesperada Judit que acude a la hoguera de la alegre noche de San Juan, "noche ya de carne y tiempo". Apoyándose en la unidad física del cosmos, Aurelio Valls insiste en la vecindad de lo cotidiano y palpable con lo lejano y misterioso, en la proximidad entre el doméstico banco de piedra y el ángel invisible. Y aunque exprese a veces un anhelo de segura posesión de la realidad puesta al alcance del hombre y como una renuncia a lo que es externo a la inmediata tierra humana, luego insiste sobre las dos vertientes del misterio y evoca el "último Siempre" donde hemos de

llegar un día "al divino espejo de nosotros mismos", y aquel blanco pastizal "que espera el ave huída".

Aurelio Valls ha escrito, pues, un poema de esos que los manuales de historia literaria califican de "filosóficos". Su actitud espiritual es comparable a la de otros artistas y pensadores cuya profunda tendencia religiosa sufre los embates del agnosticismo y del cientifismo moderno; pero, aunque el poeta advierta toda la patética vaguedad de la existencia humana y de la realidad física,

> ...la extremada delgadez de la materia,
> la extremada fluidez de esta vida,
> que se llora como un sauce río abajo
> en incoloras landas de soledad...

el gran atractivo de su poema—tan rico de temas, tan vario en la forma y, a pesar de todo, tan bien construído en su unidad difícil y apretada—arranca de esa avidez de realidad, de esa encendida pasión ontológica a que me he referido. De Aurelio Valls pudiera decirse, como del novelista Ramuz, que "ama no sólo la apariencia de las cosas, sino su mismo ser, y que descubre la soberana virtud de la existencia en sí misma por la vehemencia metafísica de su deseo". Este impulso, este deseo palpita en el poema, aunque su autor (que probablemente ha frecuentado los textos del positivismo lógico) no se haya propuesto una exposición precisamente metafísica de los enigmas que rodean al hombre.

M. MANENT